



Seix Barral

Jean-Baptiste Del Amo

El hijo del hombre





Seix Barral Biblioteca Formentor

Jean-Baptiste Del Amo

El hijo del hombre

Traducción del francés por
Lydia Vázquez

El líder se detiene, levanta la cara al cielo y, por un instante, el oscuro círculo de su pupila se alinea con el círculo blanco del sol, la estrella fulmina la retina y el ser rampante en el barro matricial desvía la mirada para contemplar el valle por el que avanza en compañía de los suyos: un páramo azotado por los vientos, de vegetación rasa, salpicado de arbustos de formas dolientes; una tierra lóbrega sobre la que flota en negativo la imagen del astro del día, luna negra posada en el horizonte.

Llevan días andando en dirección al oeste, contra el viento feroz del otoño. Unas barbas pobladas cubren el duro rostro de los hombres. Mujeres de caras rubicundas llevan a sus recién nacidos bajo unas pieles desgastadas. Muchos morirán en el camino, azulados por los grandes fríos o víctimas de la disentería por beber el agua estancada de los charcos donde abrevan las manadas salvajes. Con la fuerza de sus dedos y sus cuchillos los hombres cavarán para ellos tristes hoyos en el suelo.

Colocarán ahí el cuerpo amortajado que parecerá más irrisorio aún en la noche de la tumba; pondrán dentro cosas inútiles, la piel en la que se acurrucaba el niño, una muñeca de cáñamo, un collar de huesos pronto indiferentemente mezclados con los del pequeño difunto. Le arrojarán a la cara puñados de tierra que sellarán sus ojos y su boca, luego depositarán en el montículo unas piedras pesadas para proteger el cadáver de los carroñeros en busca de pitanza. Finalmente reanudarán el camino y solo la madre quizá dirija una última mirada por encima del hombro, en dirección al mogote refulgente, enseguida absorbido por la sombra proyectada de un collado.

Un viejo arrastra su cuerpo descarnado bajo unas pieles grasientas cuyos pelos cimbrean a merced de las borrascas. Antaño también él fue líder del grupo, conduciéndolo más allá de mesetas y valles, a lo largo de cursos de agua de orillas ribeteadas, hacia tierras nutricias, hacia cielos más clementes. Ahora sigue a duras penas a otros más jóvenes y más fuertes que él, a los que avanzan en cabeza, los que deciden instalar el campamento al final del día y levantarlo al alba. Puede que, en la entrada de una caverna donde se haga una etapa, enciendan una hoguera que rompa la noche y cuyas llamas iluminen los contornos de criaturas parietales que otros antes que ellos trazaron a la temblorosa luz de una lámpara de grasa animal.

En el corazón de las tinieblas, pegan, unos a otros, sus rudos cuerpos, bajo grandes pieles de las que solo sobresalen sus rostros. Los alientos se condensan y sus ojos permanecen mucho tiempo abiertos mientras las madres intentan apaciguar el llanto de los recién nacidos, frotándoles los labios con uno de sus pezones. Algunos hombres hablan en voz baja, avivan las brasas que enrojecen y se elevan —su reflejo cruza cual satélite el iris de los veladores—, revolotean como si aspiraran a reunirse con la inmensidad celestial donde se consumen otros astros, antes de desaparecer, engullidas por el ávido corazón de la noche.

La promiscuidad propiciada por las pieles que los cubren los fuerza a aparearse. Ignorando a veces al niño que calienta ella contra su vientre, el macho agarra la grupa que la hembra, indistintamente, le tiende o le niega, hurga el sexo que ha untado previamente con un gargajo y convulsiona hasta correrse dentro. Antes de escurrirse por el muslo de ella mientras se duerme, la simiente fecundará eventualmente a la hembra que, con los dientes clavados en un tarugo de madera, parirá tres estaciones más tarde a la sombra de un arbusto, a unos pasos del campamento instalado por el grupo a la espera del alumbramiento.

En cuclillas, sostenida de los brazos por otras mujeres que se turnan para enjugarle la frente, las pantorrillas, el sexo, expulsará el fruto de su apareamiento.

miento por el suelo o en las manos de una partera. Se cortará el cordón umbilical con una lasca de sílex. La cosa sacada a la luz y depositada sobre el odre hueco del vientre reptará para beber el calostro de la mama, emprendiendo así el ciclo necesario para su supervivencia, que la verá engullir el mundo y excretarlo constantemente.

Si el niño sobrevive a los primeros veranos y los primeros inviernos, si su cadáver no pasa a engrosar los ya abandonados tras ellos —de uno, transportado por una marta junto a un pequeño estanque, solo subsiste por un tiempo una caja torácica medio hundida en el cieno y, bajo el arco de las costillas, antes de que se convierta en polvo, se alza el tallo blanco óseo de una cola de caballo—, caminará pronto junto a los suyos, admitido por ellos, leerá el camino de las estrellas, percutirá las piedras para hacer fuego y herramientas cortantes, aprenderá el secreto de las plantas, vendará las heridas y apresará el cuerpo de los difuntos para su último viaje.

Quizá el niño goce de una prórroga y alcance esa hora en que sus carnes ya cansadas le ordenarán que se reproduzca. Entonces no cesará en su búsqueda de fusionar con uno de los suyos, estrechará al azar y a tientas a otro de esos míseros seres en la frialdad de una noche incendiada, con la Vía Láctea horadando el cielo por encima de ellos. Tras pisar con sus pasos un fragmento de tierra, después de conocer un puñado de auroras lívidas y de crepúscu-

los, el fulgor de la infancia y la ineluctable decrepitud del cuerpo, morirá de una manera u otra antes de alcanzar la edad de treinta años.

Pero por el momento el niño todavía pertenece a la nada; no es más que una ínfima, una insostenible probabilidad mientras que la horda de los hombres avanza con la cabeza gacha en medio de la borrasca, rebaño vertical, obstinado y harapiento. Llevan sobre sus hombros o en travois hechos de cuero curtido unas vasijas moldeadas con sus propias manos que contienen reservas de grasa. Conservan dentro las raíces, las nueces, los frutos y las bayas recolectados por el camino, de los que se sustentan, masticando pulpas secas, fibras que los esputos hacen comestibles, deglutiendo los jugos amargos o dulzones.

Tras varias semanas de marcha, alcanzan la ribera de un río abundante en pesca, de sinuoso lecho, que cruza, hasta donde alcanza la vista, una llanura acechada por sombras de nubes que desfilan de este a oeste. Las sombras persiguen a las nubes en su carrera hasta adelantarlas, oscurecen zonas enteras del paisaje, ahondan las cañadas, allanan las turberas, espesan los bosques cuyos tonos pardos verdosos viran repentinamente al negro carbonoso y transforman el agua de los pantanos en vastas placas vidriosas, sembradas de juncos secos, zumbando en el viento igual que unas alas insectiles. Las nubes de cimas inmaculadas se alejan y retorna la

luz, encendiendo la tierra. Un vuelo de garzas se eleva de los pantanos; la flecha de su cuello hiende el aire y sus alas desplegadas resplandecen en el azul eléctrico del firmamento.

Los hombres se detienen e instalan el campamento. Algunos de los más hábiles en la pesca penetran en la corriente que espumea contra las rocas o sobre los troncos de árbol arrastrados por el torrente hasta ahí. Los pescadores progresan a lo largo de la orilla, escrutando el fondo del agua. La superficie reenvía el reflejo de sus rostros simiescos y, más allá, del cielo nebuloso flotando sobre el cauce moteado de las piedras rodadas y pulidas por el río. El fragor del torrente y el esfuerzo que deben hacer para sondear con la mirada el titileo de las aguas vivas no tardan en sumergir a los pescadores en una suerte de trance. Agachados, con los brazos colgando, con la espuma que les llega a los muslos o a la cintura, con las yemas de los dedos rozando la superficie del agua, avanzan cual oscuras zancudas recreadas por el río.

Uno de ellos se inclina hacia delante y mete los brazos en la corriente. En un pozo de aguas tranquilas, junto a un tronco medio tumbado en la orilla, el pescador ha avistado la fantasmal natación de un salmón que desova a contracorriente, con sus reflejos metálicos fundidos con los estremecimientos siempre cambiantes del torrente. Se acerca con una lentitud extremada, cuidando de que su sombra no

se adelante a él. Deja los antebrazos suspendidos entre dos aguas —la superficie distorsiona sensiblemente la visión, de forma que ahora los dos miembros parecen separados del pescador, pertenecientes a la realidad cercada del río— y él permanece con la mirada fija en el salmón, con la pupila salpicada de oro por la opalescencia de la escama preorbital.

Con infinita precaución, el pescador reúne sus manos bajo el abdomen del salmón y parece por un instante que lo mantiene como una ofrenda, que entrega el salmón al río, o al menos que lo sostiene en su natación estática, elegante, delicada. Cuando la palma de sus manos aflora las aletas abdominales del salmón, el pez se desvía con un sobresalto, sin por ello intentar huir. El pescador aguarda sin moverse, con las palmas de sus manos que ya solo retienen destellos de luz en movimiento. Desplaza de nuevo las manos bajo el salmón; esta vez el salmón se deja rozar y hasta izar, y solo cuando ya su línea dorsal escinde la superficie del agua, busca liberarse mediante una formidable contorsión.

Pero las manos del pescador se han cerrado; con un gesto poderoso extrae el pez de la corriente, lo proyecta por los aires en dirección a la orilla por donde progresan unos niños provistos de unas ramas de avellano con la extremidad tallada en punta. Uno de ellos, una cría desgredada y tuerta, se precipita hacia el salmón que forcejea entre los guijarros,

se agacha y lo aplasta contra el suelo con una mano. Hunde la punta de la lanza en el orificio branquial y la saca por la boca. La mandíbula inferior se abre y se cierra en vano, y la cría levanta por encima de su cabeza el pez empalado cuyo flanco reluce al sol.

En cuclillas, sobre los guijarros, a orillas del agua, dos mujeres preparan los salmones capturados por los pescadores. Unas escamas constelan la piel oscura de sus manos cuando meten en el orificio anal la punta de un sílex, hacen una incisión a lo largo del abdomen y deslizan los dedos índice y corazón por la hendidura practicada para abrir la cavidad ventral. Extraen un amasijo de tripas rojas y pardas que proyectan al suelo con un gesto enérgico de muñeca. La cría tuerta está ahora junto a ellas y las mira atentamente. Coge la vejiga natatoria estancada entre dos piedras, contempla un instante su blancura irisada antes de explotarla entre los dedos.

Las mujeres cuelgan una piel a un entramado de ramas, la llenan de agua y sumergen unos cantos previamente calentados en las ascuas de una lumbré. Introducen también mejillones de río pescados por los niños, tubérculos, plantas aromáticas recogidas y secadas durante el verano precedente, y finalmente pescados cuya carne no tarda en desmigarse. Pronto, el caldo perfuma la ribera tranquila y azulada.

Por la noche sacian el hambre y los más jóvenes, agotados por la caminata y los juegos en las aguas vivas del torrente, se duermen al son de una salmodia entonada junto al fuego por el antiguo líder. Ese cántico es algo previo al canto, incluso previo a la voz, un quejido gutural, modulado, hecho de vibratos y de ondulaciones disonantes, de espiraciones profundas y graves cuya caja de resonancia la constituye el cuerpo del viejo. Por momentos parece que provenga no del viejo, sino de fuera de él, de los secretos de la noche profunda, de la llanura invisible, del negro lecho del río y del corazón de las piedras —secretos convocados en ese cuerpo tan seco y nudoso como una cepa, pues nada se inmuta en ese rostro enmarañado por el que solo pasa el orbe luminoso de las llamas.

Los labios se estremecen apenas bajo la barba y los ojos están cerrados, con la mirada entornada hacia el interior. La melopeya arrastra un torrente de imágenes, de sensaciones cuya profunda melancolía sienten todos en sus carnes, las de su errancia en la tierra, sin un fin y desprovista de sentido, las del ciclo de las estaciones siempre renovadas, las de los muertos que siguen caminando a su lado y se presentan ante ellos en los entresijos de la noche a través de una sombra furtiva o el aullido de un lobo. Y cuando el viejo se calla, cuando el cántico se apaga en su interior, ellos retienen la respiración; se acaba de decir algo acerca de su insignificancia y su majestuosidad.

A la luz de una mañana pálida, el mundo se desvela drapeado de escarcha, centelleante. El aliento de los hombres se condensa en el aire glacial mientras reavivan el fuego. Han excavado el suelo en ciertas zonas, han tensado diversas pieles sobre unas estacas, montando así unas cuantas chozas bajo las que mujeres y niños duermen todavía unos contra otros, guarecidos bajo otras pieles.

Unas grajillas sobrevuelan el campamento, van a posarse más lejos, a las ramas de un árbol, con su plumaje de un azabache intenso sobre la corteza cubierta de escarcha. Observan a los hombres que podrían abandonarles un bocado y los hombres observan las grajillas que a veces les muestran una carroña alrededor de la cual se apelotonan y se pelean los pájaros —se la roban y la llevan al campamento para alimentarse.

Pronto empezarán a faltar las provisiones. Se nutren de nueces, de bellotas que machacan, hierven varias veces para eliminar los taninos y amasan para hacer tortas que cocinan en las brasas. Rebuscan en los tocones muertos para extraer las larvas, desentierran las raíces, arrancan a los árboles cortezas y musgo comestibles.

Al alba de un nuevo día, atisban un grupo de cérvidos ocupados paciando en la linde de un bosque. Se arman con azagayas de mangos fabricados con el tronco de los pinos jóvenes descortezados, de puntas hechas con lascas de sílex y el emplumado de halcón o lechuza. Se ponen en marcha; una mujer y

tres hombres silenciosos. El último le pisa los talones a un niño de rostro demacrado, apenas púber. Sus miembros son delgados, sus gestos torpes, una barba juvenil le cubre el labio superior y las mejillas. Pasea de un cazador a otro sus ojos sombríos, asombrados, ubicados en el fondo de unas órbitas talladas a buril bajo una frente prominente. Vuelve sin cesar la cabeza hacia el que cierra la marcha —su genitor— y lo sigue de cerca. Busca captar algo del aspecto de los cazadores, de su mutismo, que se esfuerza por imitar.

Al principio parecen alejarse de los corzos que siguen pastando, indiferentes —uno de ellos, un macho adulto que ha perdido los cuernos en otoño, se yergue para vigilar a su alrededor, se queda quieto, olfatea, resopla repetidas veces, con el aliento blanco en suspensión por encima de su cráneo, como si acabara de expirar su alma—, y su progresión sigue una larga curva en dirección al oeste, a través de los matorrales donde se demora la noche, con sus siluetas apenas visibles bajo la luna que decrece, palidece por encima de ellos, mientras la aurora, bruscamente rosada y púrpura, llega para disociar cielo y tierra.

Al ver al viejo corzo alerta, los cazadores se inmovilizan antes de reemprender su progresión en cuanto el animal vuelve a bajar la cabeza. Se detienen entre las hierbas blancas y el adolescente ve al padre sacando una bolsa de cuero de la maraña de pieles que lo

cubren. La levanta y con una presión de sus dedos hace que brote un soplo de cenizas que se dispersa en diagonal entre sus cuerpos atentos y reunidos, indicando que un viento apacible barre la llanura en su dirección.

El padre asiente y los cazadores reanudan la marcha. Llegan a la linde del bosque, penetran en la sombra del sotobosque en el instante en que el gran incendio se levanta por el este y expande sobre la llanura una luz rojiza.

Los cazadores progresan cautelosos, fijándose en dónde ponen el pie en el lecho de hojas, de ramas recubiertas por la escarcha. Enseguida distinguen con mayor precisión la manada compuesta por el macho, tres corzas y un corcino nacido probablemente en primavera pues su pelaje es ya igual que el de los adultos, gris oscuro, perlado de rocío. También llevan en la base del cuello una pechera color claro que desvelan al erguir la cabeza; su labio inferior es blanco bajo las fosas nasales negras, sus ancas están adornadas con una mancha blanca y espectral.

El padre hace un gesto rápido con la mano para ordenar a los otros dos cazadores que se desplieguen rodeando la manada y se adentren en la espesura. El chico, que se ha quedado solo con él, ve cómo desaparecen, enseguida absorbidos por los troncos pardos, en la noche del bosque. El hombre le pone una mano en el hombro para que se agache y se oculte tras un árbol caído. Los dos permanecen ahí,

en cucullas, escrutando la llanura sobre la que flotan ahora unas capas de bruma, el humo lejano del campamento y los corzos a contraluz del astro ascendente, reducidos a unas siluetas compactas en su centro, pero cuyos contornos difumina la luz, de suerte que parecen esbeltos, frágiles, listos para evaporarse de un instante a otro.

Sus cuerpos están doloridos por el aguardo y el frío. Aprietan en sendos puños el mango de los venablos. El hijo no aparta la mirada de la cara del padre. Se eleva un sonido lejano, semejante al grito agudo de una rapaz, y el hombre arma el venablo en el propulsor, imitado por el hijo. Retienen la respiración hasta que una segunda señal horada la llanura. Ven los corzos que, detenidos en su apacientamiento, salen brincando a la vez en su dirección. Los dos ojeadores han surgido del sotobosque y corren a toda velocidad tras la manada, desplegándose a cierta distancia el uno de la otra.

La manada conducida por el macho adulto esboza un movimiento de huida hacia el espacio despejado de la llanura, pero la cazadora desvía su carrera forzándolo a dar media vuelta. Con una mano levantada a la altura del pecho, el padre ordena al hijo que se mantenga inmóvil. El hijo ve los corzos brincando hacia ellos en un silencio que solo rompen el aliento que exhalan y el sordo golpeo de sus pezuñas en el suelo entre dos saltos majestuosos.

El padre baja la mano y los dos se yerguen como un solo hombre, surgen por encima del tronco del árbol tumbado. Contemplan la reacción del corzo, que echa la cabeza hacia atrás. El pánico desorbita sus ojos, el animal desplaza el peso de su cuerpo a la izquierda y vira en dirección al sotobosque.

Los cazadores lanzan a la vez sus venablos que se elevan en la mañana lívida. Todo está suspendido: las armas trazando su trayectoria ascendente sobre la llanura, los corzos levitando por encima de los ramilletes de hierba, el cuello del macho tocando ya la sombra del sotobosque donde las hojas muertas siguen cayendo en espiral desde la espesura de los árboles, el cuerpo oscuro de los hombres en plena persecución y, más allá, alzando el vuelo, un grupo de aves blancas espantadas de unas matas por la huida de la manada.

Los venablos lanzados simultáneamente por el padre y la cazadora van a clavarse en la estela de los corzos, el impacto repercute a lo largo del mango en una vibración sonora. El del segundo ojeador cae entre las hierbas con un silbido de culebra, mientras que el venablo del adolescente alcanza sin ruido una de las dos corzas en la paletilla.

El animal se desvía a la derecha, se derrumba sobre sus miembros anteriores en el lecho de hojas muertas y ramajes helados que cruje bajo su peso. Logra incorporarse a costa de una convulsión de su cuerpo entero y, de un salto, cruza la linde del bosque. Los hombres recogen sus armas, penetran en el bosque tras la manada, pero ya el pelaje de los cor-

zos se confunde con la infinita repetición de los troncos y solo la mancha blanca de sus ancas permite distinguir sus movimientos espasmódicos a medida que se adentran en la profundidad de los elevados helechos bruñidos por el frío. Los cazadores vuelven a desplegarse, avanzan a distancia unos de otros, su marcha se ve obstaculizada por la vegetación, por las turberas olorosas.

Una luz fría baña el sotobosque, aplanando las formas, los colores. Cuando el padre se agacha para palpar con la extremidad de sus dedos un tocón pulverulento y levanta la mano, la sangre que le mancha las yemas es extrañamente opaca; tiene que tender el brazo hasta el tragaluz natural que forman las ramas desnudas de un haya para que el rastro se coloree de un rojo intenso. Se limpia los dedos en el cuero que cubre su torso, escruta el suelo y descubre cerca de un barrizal unas huellas dejadas por la corza herida, indicando que cojea y que ya no puede apoyar el peso en la extremidad anterior izquierda.

El golpeo de un pico en un tronco hueco resuena a intervalos regulares. Una rama cae sobre un lecho de follaje con un crujido sordo. Más allá, fuera del alcance de la vista del padre, el hijo levanta el rostro hacia la copa de los árboles de ramas oscuras. Su aliento se eleva y se disipa por encima de él. Observa el enmarañado entramado vegetal contra el que ha de luchar para avanzar, los troncos relucientes por todas partes, las raíces arácnidas que afloran

bajo el humus. El olor de la foresta se le sube a la cabeza y lo desequilibra. Ya no percibe la presencia de los otros cazadores. Le parece que el bosque lo ha empujado hasta las profundidades orgánicas, ese terreno accidentado y pegajoso donde orchestra sus fermentaciones secretas. Se apoya en la corteza empapada de los árboles, extrae el pie de un pozo de agua, de una liana, se extirpa de la gran podredumbre que nutre la tierra y hará que en primavera brote de su matriz una vida despiadada. La luz, matizada frente a él, irradia más allá de los troncos.

Avanza y descubre un claro tapizado por pies de brezo de invierno. La corza está echada en unos arbustos salpicados de flores color malva. Con la cabeza vuelta, se lame el flanco en el que está clavado el venablo cuyo mango toca tierra. El adolescente se mantiene fuera de su vista, disimulado por los árboles. Ve que el corcino va y viene con un trote nervioso por la linde del bosque. La corza renuncia a lamerse la herida, levanta la cabeza para mirar el corcino. Intenta apoyarse en sus extremidades posteriores para incorporarse, pero solo consigue levantar las ancas antes de volver a caer pesadamente. Estira el cuello, apoya la cabeza en el suelo y no la levanta cuando el joven cazador se acerca a pecho descubierto. Solo un breve temblor recorre su cuerpo, presa de la idea de la huida, y el corcino penetra en el sotobosque donde se queda inmóvil.

El adolescente se aproxima a la corza, se para a

su lado, con su sombra cubriendo el pecho y el flanco, agitado por una respiración acelerada. Inhala el olor suave del venado, ese olor a hierro de la sangre pegada al pelaje. Adivina la contracción febril del corazón bajo el arco aparente de las costillas. El ojo de pupila oval e iris castaño refleja una visión distorsionada del mundo, la silueta del joven cazador, las líneas convexas de los pinos de tronco cobrizo, el cielo bombeado por encima de sus copas. Un líquido translúcido fluye, se adhiere a las pestañas y oscurece el pelo raso del carrillo. Se oye un paso en el follaje. El joven cazador vuelve la cabeza y percibe la silueta del padre, que avanza entre los árboles.

Desvía su atención al corcino que sigue alerta en la penumbra del sotobosque, se agacha para arrancar al suelo una piedra medio enterrada que tira con todas sus fuerzas en dirección al animal. El proyectil va a chocar con el tronco de un árbol, el corcino se escapa, se detiene para lanzar una última mirada hacia el claro y la corza tendida en el suelo, da un salto y desaparece.

El padre surge en el espacio despejado del claro, se acerca al hijo con paso firme, agarrando el mango del venablo con el puño. Llega a la altura del joven cazador, baja la vista hacia la corza, levanta la mano para hacer bocina, lanza un sonido breve y repetido que se eleva en el aire vibrante. El animal espira un soplo ronco cuando el hombre se agacha a su lado. El sol acaba de aparecer más allá de los

árboles y ahora los baña a los tres —al hombre, al niño, la corza— con una luz cálida que hace humear sus pieles empapadas por el rocío. Los otros dos cazadores emergen del bosque y se dirigen hacia ellos.

El padre deposita su arma en los brezos, dirige la mano izquierda a la paletilla de la corza, y, con la otra, agarra el mango del venablo lanzado por el joven cazador. Su mano se desliza a lo largo de la madera, pulida para garantizar un mejor agarre. Con un gesto enérgico que hace que sobresalgan de repente los tendones de su cuello, lo clava en el pecho del animal. El filo del sílex se abre camino a través del complejo entramado de músculos, nervios, vasos sanguíneos, perfora el corazón de la corza, presa de un único sobresalto, contenido por la mano del cazador apoyada en su paletilla. Con un movimiento opuesto, el hombre retira el venablo. El mango y la punta surgen, una sangre escarlata brota por el flanco y gotea hasta el suelo.

El padre hunde los dedos en la herida abierta del flanco de la corza, se yergue y marca la frente del joven cazador con un trazo rojo, vertical. Su mano viene a posarse sobre su mejilla con el pulgar manchado sobre el hueso del pómulos y la extremidad de los otros dedos debajo de la oreja. Se detiene en una caricia con su palma rugosa y glacial, cuya sensación perdura en la piel del muchacho mucho tiempo después. Los otros dos cazadores se unen a ellos, contemplan la caza y la marca que ennegrece ya en la frente del hijo.

El padre coge los despojos por los jarretes, los levanta del suelo y se los echa a los hombros. El cuello del animal descansa en su brazo; el ojo apagado, velado, ya no refleja nada y la herida sigue supurando pausadamente. Cuando se pone en marcha y vuelve al bosque en dirección al campamento, con la cabeza de la corza balanceándose contra su brazo, los cazadores siguen su ejemplo. El crío permanece inmóvil en medio del claro. Levanta la vista hacia el vuelo suspendido de un halcón, con el rostro bañado por la luz. Cuando vuelve a centrar su atención en los suyos, ve que la cazadora se detiene para mirar en su dirección antes de cruzar la linde del bosque. Los pájaros se han callado. Él parece dudar si quedarse ahí, en medio de los brezos, del murmullo de los árboles, y renunciar a seguir al grupo. Se tumbaría sobre la huella aún tibia dejada por los restos de la corza y, con los ojos clavados en el cielo, se dejaría enterrar por las hojas pardas, por el mantillo fértil.

El halcón lanza un grito estridente, se precipita en picado sobre una pequeña presa en alguna parte, en la llanura. Entonces el joven cazador se agacha y recoge del suelo su venablo.